



**PODER Y DESEO
ESPECULACIÓN
E INCÓGNITA**

En torno a las sucesiones presidenciales en México, históricamente se ha creado toda una industria de pronósticos, mitos y adivinaciones. /



BRUJERÍA, MAGIA Y TRAMPA

PODER Y

PASCAL BELTRÁN DEL RÍO
Y JOSÉ ELÍAS ROMERO APIS



CAPITULO 13

En todo tiempo y en todo lugar, las elecciones son un tema pletórico de incógnitas. De allí que se haya creado toda una industria de pronósticos y hasta de adivinaciones. Ya no sólo se mide la realidad objetiva en cuanto a la medición de las posibilidades actuales y futuras de cada aspirante. Además, se hacen verdaderas especulaciones contrafactuales. Si éstos fueran sus contrincantes, si hubiera alianza estrecha o amplia, si la economía, si las reformas, si temblara, si la abuela tuviera ruedas. Pero en algunos lugares y en algunos tiempos la elección no sólo es un asunto de incógnitas, sino que además es un juego de misterios, de arcanos y de secretos. Eso le agrega dos ingredientes casi siempre apetitosos y hasta deliciosos. El primero es que le da amenidad y lo pone al alcance de los espectadores. El segundo es que le da libertad a los grandes electores para jugar a su antojo con sus peones de tablero.

Las sucesiones presidenciales mexicanas se han realizado en base a dos vectores que ha sido las elecciones y las selecciones. Antes de hacer algunas inmersiones en los mencionados métodos debemos reconocer que ambos están llenos de misterio y en eso reside uno de sus mayores sortilegios. Algunas veces ha participado algo parecido a la brujería, en sus modalidades de presentimiento, de presagio o de mera corazonada. En otras ocasiones se ha presentado en la forma de magia, bajo las modalidades de ilusionismo, de espejismo o de truco. Por último, se dice que también ha aparecido en el formato de la trampa, en sus múltiples modalidades de irregularidad en el financiamiento, en la propaganda y hasta en el conteo. Pero son esas dosis de misterio las que han generado rumores, libros y

hasta leyendas. Nuestra literatura política y nuestra tradición oral están plagadas de relatos que nos sitúan en un mundo que resulta un ensamble entre lo real y lo ficticio. Algo que se parece al reino de los brujos, al mundo de los magos o al Imperio de los fulleros. Por eso ya van décadas en que se ha dicho y repetido que la victoria de Adolfo Ruiz Cortines fue obra de los brujos, que el triunfo de Adolfo López Mateos se le debe a los magos y que el arribo de Ernesto Zedillo tuvo que ver con la trampa. Y la verdad es que todo ello y muchos episodios más han sido la consigna de una de las grandes dictadoras de la vida: la circunstancia. Quizá por eso José Ortega y Gasset le atribuía tan descomunal importancia, tan sólo comparable con la de la esencia misma de la persona.

En efecto, cuando proclama que "yo soy yo y mi circunstancia", empareja la importancia decisoria que existe entre el *ego* y el *alter*. El hombre es, en buena parte, lo que él aporta en su propia configuración. Pero el resto de su ensamble está determinado por la circunstancia. En los casos mencionados es patente lo que estamos diciendo. La circunstancia ocupa diversas apariencias, pero siempre está presente en la vida de todos los humanos y siempre dicta su porvenir y su destino. El caso de Ruiz Cortines parece obra de una brujería de la más alta sofisticación, como una mezcla del trópico caribeño con el litoral jarocho. Joven encumbrado y pronto venido a menos. Años de destierro en su propio país. La necesidad de Cosme Hinojosa para designarlo como



Oficial Mayor de la capital. Su accidental y venturoso ligamiento con el presidente Lázaro Cárdenas. La consecuente diputación federal. Los requerimientos de sus servicios por parte de una estrella prometedor como lo fue Miguel Alemán. La incorporación al tren alemanista, aunque en vagón de tercera clase.

Más tarde, la Oficialía Mayor de la Secretaría de Gobernación y la gubernatura de Veracruz. La muerte de Héctor Pérez Martínez y su designación supletoria como secretario de Gobernación. La muerte de Gabriel Ramos Millán y su designación supletoria como candidato a la Presidencia de la República.

Total, siete pasos imprevistos, im-pensados e involuntarios. Toda una lotería de 7 cifras que, según los matemáticos, solamente tiene una posibilidad entre 10 millones de ellas. ¿Y se le dio? ¿Fue un juego de la política o fue un juego de la brujería? Ignoramos e ignoraremos.

El caso de López Mateos presenta incógnitas similares y parece un artificio de la magia, al más puro estilo de Mandrake, de Houdini y de Copperfield. Su liga juvenil con Isidro Fabela. La incorporación de Fabela a la Corte Internacional de Justicia en La Haya. La consecuente senaduría mexiquense. Su formato discreto y modesto que gustó al secretario de Gobernación y futuro Presidente de la República.

Su incorporación al equipo de campaña y al gabinete de gobierno. La muerte de Enrique Rodríguez Cano y la incorporación a las sobremesas de Los Pinos. Los puentes que le tendió Benito Coquer. La información que le compartía Humberto Romero. La decepción presidencial hacia Gilberto Flores Muñoz. La desconfianza presidencial hacia Ignacio Morones Prieto.

Total, toda una baraja de facilidades que lo llevaron casi en automático desde los modestos sitios de la gayola gubernamental hasta el proscenio de la banda presidencial.

De hecho, su postulación fue quizá la más sorpresiva de toda la historia de México. Tan fue así que sabemos de muy buena fuente que los directores de periódicos pidieron confirmación

personalísima de la noticia postulatoria, ya que su primera reacción fue considerarla entre las *fake news*, por usar la terminología actual.

El caso de Zedillo ha llegado a sonar como una treta muy cuidadosamente armada por alguien parecido a los legendarios mapaches de la política mexicana.

Fue el caso no de un político sino de un funcionario cuyo sueño de vida era llegar a ser secretario de Hacienda y el destino lo castigó negándole la Puerta Mariana y cambiándose la por la Puerta de Honor, convirtiéndolo en Presidente de México.

La política siempre fue para él algo muy alejado y muy poco anhelado. Su incorporación al equipo ministerial de Carlos Salinas. El liderazgo y jefatura intermedia que sobre el ejercicio José Córdoba. Su asunción ministerial para que su manager tuviera una posición de gabinete que la Constitución le negaba. La ocupación de la silla de Manuel Bartlett cuando le desaparecieron la Secretaría de Programación y Presupuesto. Y nuevamente el impulso de Córdoba para enjaretárselo a Luis Donaldo Colosio como Coordinador de Campaña, como si Zedillo hubiera sabido algo de campañas o hubiera sido un amigo de la confianza de Colosio.

Más tarde, pasó lo que pasó. El asesinato de Colosio. La Constitución que impidió la candidatura supletoria en Pedro Aspe o en Emilio Gamboa. La ingrata reciprocidad del PAN y del PRD para hacer acoso al PRI y al Presidente. El constante impulso de Córdoba para imponerlo sobre Francisco Rojas. El desconcierto transitorio de Salinas, como de toda la clase política.

Total, sin buscarlo y sin esperararlo. Ernesto Zedillo se convirtió en Presidente sin que muchos expertos de la política mexicana aún puedan descifrar las razones y los motivos de esas decisiones.

De nueva cuenta, ignoramos e ignoraremos.

Es oportuno aclarar que todos estos relatos anteriores se ubican en el universo y en la era mexicana de un solo partido dominante de todo el escenario político, como lo fue el PRI durante las contiendas electorales

que van desde el año de 1930 hasta el año 2000.

Ésa es la era que nos permitimos llamar de las selecciones para distinguirla de la inmediata posterior que ya podríamos llamar propiamente de las elecciones.

Después de ella se sucederían cuatro elecciones en las que la gran decisión fue tomada por los ciudadanos electores y ya no por el ciudadano Presidente. Sin embargo, ahora parecen reverdecer los viejos tiempos con otro nombre o seudónimo. Un nuevo PRI con el nombre de Morena. Un partido de decisiones verticales, cupulares y unipersonales, donde el gran y único elector decide aspirantes y los desecha. Juega con ellos y los mueve a su antojo. Y, al final de cuentas, decide en la soledad el nombre del elegido o de la elegida, a través de cualquier método de simulación que puede ser una asamblea, una convención, una elección interna, una auscultación o una encuesta.

No es nuestro interés elogiar o denostar a partido o a sistema alguno. Creemos que cada partido es muy libre para elegir sus métodos y sus candidatos, así como todo militante es muy libre para obedecer o para rebelarse. A nadie debe interesarle fuera de ese partido. Cada cual puede decidir sus candidaturas por elección, por selección, por encuesta, por subasta o por sorteo. Mientras se cubran las apariencias democráticas para simular el cumplimiento de la ley, a nadie nos daña lo que suceda en la casa vecina.

Lineas arriba también hablamos de la trampa. Esta ha estado muy presente en el imaginario mexicano más que en la realidad. En efecto, en otros tiempos la trampa era innecesaria por el poderío del PRI y en estos tiempos es imposible por el arbitraje del INE.

El legendario de la política mexicana registra por lo menos siete mitos de trampa y de fulleria. Hagamos un breve repaso de ellos.

El primero sería que Pascual Ortiz Rubio le robó la elección a José Vasconcelos. Eso es impensable desde un ángulo de sensatez. En realidad, en la elección de 1930, Vasconcelos no se enfrentó a Ortiz Rubio, sino que se enfrentó a Plutarco Elías Calles. No



puede haber dudas en la derrota del brillante maestro. En ese tiempo Calles era invencible. Y lo fue.

Más tarde, el segundo mito fue el de que Juan Andrew Almazán lo ganó las elecciones a Manuel Ávila Camacho. Eso es muy improbable. Almazán tenía algunas simpatías dentro del ejército, pero ninguna en los sindicatos, ni en las ligas agrarias, ni en los sectores populares. Ya no era Calles, sino que el invencible ya era el PRI, con su anterior nombre.

El tercer mito sería muy parecido pero los protagonistas serían Miguel Henríquez Guzmán, quien se llamara robado, y Adolfo Ruiz Cortines, quien fue proclamado vencedor.

Continuando con un cuarto mito nos aparece la elección de 1988, con el triunfo de Carlos Salinas de Gortari y la derrota de Cuauhtémoc Cárdenas y de Manuel Clouthier. Fue el episodio de la famosa "caída del sistema", atribuida a Manuel Bartlett. Es difícil darle crédito toda vez que su triunfo se reflejó en la capital, pero no en el resto del país. Más aún, para las dos siguientes elecciones, en 1991 y en 1994, el PRI ganó la totalidad absoluta de las diputaciones capitalinas, dejando en cerros a sus adversarios.

El quinto mito se refiere a si Ernesto Zedillo maniobró como presidente para hacer posible el triunfo de Vicente Fox y la derrota de Francisco Labastida. Que si fue porque odiaba al PRI. Que si fue porque Washington se lo ordenó. Total, ahí queda para el registro del imaginario.

Más tarde, el sexto mito se refiere a la elección de 2006 en la que el resultado se dirimió por tan sólo un poco más de 200 mil votos, entre Felipe Calderón y Andrés Manuel López Obrador. El derrotado se llamó "presidente legítimo". La principal avenida estuvo bloqueada durante 5 meses. La toma de posesión se realizó de manera extraña. Total, no pasó a mayores.

Por último, el séptimo mito se instala en el campo del rumor casi llevado a dogma. Se refiere a un supuesto pacto secreto entre el presidente Enrique Peña Nieto y el entonces candidato Andrés Manuel López Obrador. Todo ello, se dice, con el propósito de impedir una victoria del PAN.

Por otra parte, y al contrario de

los anteriores, tenemos 8 episodios en los que no han existido rumor ni sospecha alguna. Nos referimos a las elecciones consideradas en la historia como impecables de Lázaro Cárdenas, Miguel Alemán, Adolfo López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría, José López Portillo,

Miguel de la Madrid y Enrique Peña Nieto.

El saldo de legalidad y confianza ha sido muy positivo para la historia de México, con 8 sucesiones consideradas impecables y 7 sospechadas sin prueba alguna en contra.

Los aspirantes y los suspirantes ya están listos y enlistados. En el más riguroso orden alfabético tenemos a Enrique Alfaro, Maru Campos, Santiago Creel, Enrique de la Madrid, Alfredo del Mazo, Marcelo Ebrard, Samuel García, Ildefonso Guajardo, José Ángel Gurría, Mauricio Kuri, Adán Augusto López Hernández, Alejandro Moreno, Alejandro Murat, Ricardo Monreal, Beatriz Paredes, Miguel Ángel Riquelme, Juan Carlos Romero Hicks, Claudia Ruiz Massieu, Claudia Sheinbaum, Lilly Téllez, Mauricio Vila y Margarita Zavala. Esto no anticipa encartes o descartes de última hora.

Más aún, existen voces que han mencionado la posibilidad de sorpresivos "caballos negros", como pudieran ser Zoé Robledo y otros; de algunas figuras empresariales, como Ricardo Salinas Pliego y otros; o hasta de algunas personalidades controvertidas, como Arturo Zaldívar y otros.

En todo caso, recordemos que la sucesión presidencial es un juego de libertades. Puede participar todo aquel que lo desee y a ningún mexicano ni mexicana puede prohibírsele soñar, aspirar y jugar. Ruiz Cortines solía decirle que es muy bonito jugar y que todos deberían animarse a jugar.

Pero volvamos por unos minutos al tema de la circunstancia y veremos que la primera que se nos presenta es que la elección del 2024 hay que ganarla y que eso implica la obtención de quizá 30 millones de votos o, por lo menos 25 millones. Las variables que podemos identificar como circunstancias son las siguientes.

La primera es que las fuerzas contendientes más competitivas que pu-

diera haber serían, por una parte, el partido del gobierno y, por la otra, una alianza opositora. De aquí se desprenden las siguientes posibilidades.

Una de ellas es que el partido gubernamental tiene una figura no sólo dominante sino además determinante que se trata del presidente López Obrador. Podría decirse que, sin él Morena no es nada o, de otra manera, que Morena es López Obrador y nadie más.

En esto hay, por cierto, a pesar de sus muchas semejanzas, una diferencia diametral con el PRI antiguo el cual tenía una valencia propia e independiente de las personas. Un candidato presidencial podía ser una figura insignificante y, por el solo hecho de contar con ese partido, en tan sólo unos minutos se convertía en la principal figura del escenario político mexicano.

Pero, además, el presidente saliente de inmediato dejaba de tener su absoluto poder dentro de ese partido. Esas diferencias tendrán mucho que ver en el contexto de futura elección. El silogismo consiste en que, si Morena es López Obrador, Morena vale lo mismo que López Obrador. Si suben o bajan los bonos del líder, esa misma suerte corren los bonos del partido.

Eso significaría que, si el candidato o candidata morenista es de la mayor predilección del líder, éste tomará la contienda como propia y se esforzará por su mejor resultado. Pero, si las circunstancias lo obligan a optar por los planes B, C, D u otros, entonces su interés y sus resultados serían distintos.

Del otro lado se encuentra todavía la incógnita de si habrá alianza opositora y si esta sería amplia o estrecha. Es decir, si la posible alianza PRI/PAN/PRD contaría además con la unión del MC, y si contendría sin él.

Ante estas circunstancias, las expectativas nos inducen a pensar que las más competitivas serían entre la candidatura morenista "A" versus la alianza amplia. Es de suponer que ambas fueran por algo parecido a los 30 millones de votos para cada una.

A partir de allí, cada quien puede hacer su propio cálculo especulativo, tal como lo hacemos nosotros, y restar lo que su imaginación le diga para



cada posibilidad menos competitiva.

A todo lo anterior hay que agregarle un ingrediente que, de manera muy posible, estará presente en la elección 2024 quizá como un factor definitivo. Lo componen esos millones de electores que no tienen preferencia partidista alguna y que podemos llamar sociedad civil, o sociedad ciudadana, o sociedad independiente.

Esta juega y jugará en el siguiente péndulo. O está con el gobierno o está en contra del gobierno. Desean que los asuntos mexicanos sigan como hasta ahorita o desean un cambio, cualquiera que éste sea.

Este conglomerado, que podría representar entre 5 y hasta 10 millones de votos, puede ser irrelevante en elecciones muy decididas por amplio margen, pero son muy definitivos en una elección cerrada como podría ser la próxima a la que acudiremos.

Ese es uno de los aspectos donde la circunstancia habrá de jugar un papel de gran elector. Para ello habrá que considerar muchos aspectos que tendrán influencia en la contienda.

El primero de ellos es que los candidatos encajen en el gusto electoral y no sólo en el gusto de las altas clases políticas. Recurramos a un ejemplo de la historia.

Allá por 1956, el entonces senador John Kennedy le preguntó a un importante politólogo si podría ser presidente de Estados Unidos un hombre joven, católico, de ascendencia irlandesa, nacido en la región de Nueva Inglaterra y originario de una familia rica.

Arthur M. Schlesinger le contestó que definitivamente no en el siglo XX y quizá tampoco en el siguiente, pero que si su obsesión presidencial era lo suficientemente firme podría seguir un programa estratégico de 52 puntos que le había preparado, donde se decía más o menos lo siguiente:

Primero, convertir sus defectos en virtudes. Segundo, si ser joven no es bien visto por todos los electores, hay que ser el candidato absoluto de los jóvenes. Tercero, quitarse el corte a la "brush" que usan todos los muchachos buenos de Boston y usar un coquete como James Dean, pero no igual al de él. Cuarto, muestre su juventud fotografiándose en traje de depor-

te en la playa y que ello garantice un gobernante con salud.

Quinto, sea el candidato de las mujeres. Sexto, que su esposa muestre, con usted, sus trajes de playa ya que es joven y bonita. Séptimo, los católicos romanos no gustan en una nación protestante, pero se les reconoce su valoración por la familia, así que muéstrese como clan familiar muy unido.

Octavo...Noveno...Quincuagésimo Primero, lleve como compañero de fórmula, para abarcar donde usted no gusta, a un analfabeta de cuna pobre, formado a sí mismo, burdo, grosero, sureño y, si se puede, texano. Quincuagésimo Segundo, nombre operador de su imagen y campaña y obedézcame con toda disciplina.

Si hace todo ello, no le garantizo nada, pero puede ser que gane, aunque muy apretadamente. Y así sucedió.

Esa es una circunstancia o la formación de la circunstancia.

Otra es que el candidato debe prometer que tendrá el liderazgo del gobierno de la nación. Hay algunos políticos que, además, son líderes. Se puede ser político sin ser líder, pero no se puede ser líder sin ser político.

Para comenzar, debe distinguirse entre seguidores y fans, así como entre éstos y subalternos o avasallados. Un político, sobre todo si es carismático por galanura, puede tener simpatizantes y éstos podrían llegar a algo parecido al fanatismo. Pero ellos, no necesariamente son sus seguidores políticos. Podrían aplaudirlo hasta las lágrimas y vitorearlo

hasta la ronquera, pero no obedecer sus leyes ni pagar sus impuestos ni arrostrar sacrificios mayores.

Por otra parte, puede ser que escuchan y obedezcan al presunto líder, pero eso puede ser porque estén dominados por la jerarquía, por la ley, por el dinero, por el miedo o por el engaño. Pero, no por eso, siguen al gobernante. Tan sólo lo obedecen en no circular o en no faltar a su trabajo.

Pero, todo lo anterior, es lo que podríamos llamar la envoltura de liderazgo. Lo que se puede apreciar por los sentidos sin mayor esfuerzo, incluyendo el sentido de la razón. Sin embargo, además de ello, exis-

te el contenido del liderazgo, el cual podríamos circunscribirlo a un solo concepto ontológico. Ello se instala en la voluntad del liderado.

En efecto, el verdadero líder no es el que logra que los demás hagan lo que él quiere sino el que logra que los demás quieran hacer lo que él quiere.

Esa es otra circunstancia.

El hombre de Estado o el simple hombre de política puede desbarbarrarse en la pérdida, principalmente por tres motivos: la impotencia, la ignorancia o la indolencia. Es decir, porque no pudo, porque no supo o porque no quiso. De eso pueden estar pendientes los electores o el gran elector.

La impotencia proviene de su propia debilidad o de la fuerza de los que se le oponen. Porque no instaló la gobernabilidad, porque no asumió el liderazgo o porque no utilizó sus capacidades. Porque no se lo permitieron la Constitución o los legisladores o los jueces o los ricos o los extranjeros o los manifestantes.

La ignorancia proviene de la falta de pericia, de la ausencia de información o de la incapacidad política. Porque no aprendió su oficio, porque no entrenó sus aptitudes o porque no entendió su encargo. Porque creyó, por ejemplo, que los impuestos o la pobreza son temas de la economía y no asuntos de la política.

La indolencia proviene de las pocas ganas, de los pocos esfuerzos y de los pocos trabajos. Porque se tardó, porque se distrajo o porque se desperdició. Porque se dedicó a lo que le gustaba y no a lo que lo obligaba. Porque nunca pensó lo que su pueblo quería, lo que necesitaba o lo que soñaba.

A su vez, se puede extraviar en lo imaginario, por tres motivos: porque se ilusionó, porque se engañó o porque se entercó. Es decir, porque no despertó, porque no aterrizó o porque no aceptó.

Todo eso es lo que se llama liderazgo político.

Muchos se han preguntado cuáles son las mejores recetas para conquistar un alto cargo. Todas las respuestas deben encaminarse a la idea no sólo de lograrlo sino de ejercerlo con la mayor eficiencia y dignidad. Eso es más importante que ser designado. Porque el nombramiento puede venir de muy diversas causas. Desde por méritos



indiscutibles hasta por componendas incontesables.

Pero el buen desempeño sólo puede provenir del propio funcionario: De su inteligencia, que siempre es propia y no prestada. De su valentía, que no se puede comprar en ningún lugar. Y de su lealtad, que no se renta ni se alquila.

Siempre ha sido importante que los aspirantes busquen sus propias cualidades y que las apliquen. Porque es muy difícil dar recetas universales que no siempre sirven, por la sencilla razón de que no siempre se tienen a la mano las cualidades para ello. De nada sirve recomendarle inteligencia a un idiota ni lealtad a un traidor.

Por eso, aquellos libros que se editan por millones de ejemplares, para que cualquiera se convierta en un genio, casi siempre es dinero tirado a la basura. El menos queda más confundido en el epílogo de lo que estaba en el prólogo y, lo más seguro, es que llegue el lunes a discutir con su jefe y que lo corran el martes.

Pero, si la gente tiene con qué llegar, puede utilizar tres viejos consejos que vienen desde antes de los faraones. Lo primero es tener ganas de llegar. Que ello sea el producto de una vida de esfuerzos o, por lo menos, de media vida de trabajo. Si se llega "de chiripa", ya comienza mal la cosa. La designación debe verse como medalla de oro y no como un mero escalón de trepamiento.

Lo segundo es saber llegar. La política es para hombres inteligentes. Los imbeciles sufren mucho en ella y pueden perder todo, sin darse cuenta. Darles un cargo es como prestarle una pistola a un niño. Creen que todo es juguete, no saben para qué sirve y pueden hacer o hacerse un daño irreparable.

Lo tercero es poder llegar. No afa-

narse en ilusiones quiméricas porque se puede caer en la decepción. Que si uno es muy competente, qué bueno, pero, quizá, lo que están buscando es un zonzo. Que si uno es muy honrado. Sí, ¡felicidades! Pero, quizá, ellos necesitan un ratero. Que es buen orador, pero buscan un callado. Que es buen líder, pero requieren un sirviente. Que es muy valiente, pero van a alquilar a un cobarde.

En fin, cada quien debe verse a sí

mismo y a sus circunstancias, como decían los clásicos.

Otra circunstancia es que el aspirante sea digno de credulidad y de credibilidad. En la política, existen tres reinos: el de la mente, el de la palabra y el de la realidad. En estos reinos habitan, respectivamente, nuestras ideas, nuestras palabras y lo que de verdad existe, aunque no lo pensemos ni lo digamos. Hacer coincidir estos reinos no es sencillo ni frecuente. Por el contrario, es la resultante de una muy bien dosificada mezcla de inteligencia, de madurez, de honestidad y hasta de valentía.

El problema consiste en que la falta de entendimiento entre el gobernante y el gobernado puede llevar no sólo a la confusión, sino a la incredulidad y a la incredibilidad.

La incredulidad se refiere a los sujetos del mensaje. La incredibilidad, al objeto del mensaje. Hay incredulidad cuando nosotros no le creemos, porque nosotros somos desconfiados o porque él no es confiable o por ambas causas. Hay incredibilidad, cuando el mensaje está reñido con la naturaleza, con la lógica o con la realidad. Es decir, cuando es increíble por sí mismo, aunque nosotros confiemos mucho en el emisor.

Es incredulidad, cuando nos dicen que la selección mexicana de fútbol va mejorando. Es incredibilidad, cuando nos dicen que ganará el campeonato mundial, aunque nos lo digan nuestros hijos.

La política es un idioma que no siempre desciframos. Por eso, no es fácil de entender. Es un idioma muchas veces personal y no siempre colectivo.

Todo eso es otra circunstancia y todas esas circunstancias muchas veces tienen que ver con los brujos, con los magos y con los tramposos.

Nuestra literatura política y nuestra tradición oral están plagadas de relatos que nos sitúan en un mundo que resulta un ensamble entre lo real y lo ficticio. Algo que se parece al reino de los brujos, al mundo de los magos o al imperio de los fulleros.



Ahora parecen reverdecer los viejos tiempos con otro nombre o seudónimo. Un nuevo PRI con el nombre de Morena. Un partido de decisiones verticales, cupulares y unipersonales, donde el gran y único elector decide aspirantes y los desecha.

El saldo de legalidad y confianza ha sido muy positivo para la historia de México, con 8 sucesiones consideradas impecables y 7 sospechadas sin prueba alguna en contra.

Siempre ha sido importante que los aspirantes busquen sus propias cualidades y que las apliquen. Porque es muy difícil dar recetas universales que no siempre sirven, por la sencilla razón de que no siempre se tienen a la mano las cualidades para ello.